

LA ATLANTIDA DE PLATÓN

Por: JORGE ÁLVAREZ LLERAS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2 y 3, Volumen VI
1939*

En algún número anterior del Boletín de la Sociedad Geográfica se reprodujo un trabajo del Príncipe G. Ypsilanti, autor griego que lo publicó en Honduras, y para explicar esta reproducción hubimos de escribir en las Notas Editoriales de ese Boletín lo siguiente:

«Reproducimos en este número del Boletín de la Sociedad Geográfica un escrito interesante sobre este tópico, que vio la luz en Tegucigalpa, no ha mucho. Nuestro propósito, al disponer tal reproducción, no es otro que el preparar al lector para otros estudios relativos a esta cuestión que siempre ha agitado con curioso interés a los arqueólogos, etnólogos e historiógrafos precolombinos».

«Naturalmente, hacemos notar ahora que estos escritos nuestros serán, desde luego, adversos a la tesis de quienes creen en el continente desaparecido, y esto desde puntos de vista rigurosamente científicos; y, además, explicamos que la Dirección del Boletín se habrá de ocupar en ellos de un asunto ya juzgado, hasta cierto punto, porque aún es creencia general entre muchos escritores colombianos que han publicado libros de vulgarización histórica y geográfica, que la Atlántida tuvo existencia real, como conglomerado social de cultura y tradiciones, en épocas geológicas, cuando aún faltaban muchos siglos para la aparición del hombre sobre la tierra».

«Desde ahora remitimos al lector al próximo número de este boletín, para completar las ideas que, en el presente, habrá de adquirir sobre esta magna invención de la fábula que con tan aparatosos arreos científicos ha solido recorrer bibliotecas y archivos de americanistas e historiadores precolombinos».

Para cumplir con el propósito indicado en las líneas anteriores intentamos en este estudio hacer un resumen de cuanto se haya escrito con carácter científico sobre este tópico de aspecto un poco novelesco y que ha dado lugar a tan erradas interpretaciones al tratarse del origen del hombre americano.

El origen de la fábula atlántica se remonta a los dos diálogos de Platón, en que el célebre filósofo griego diserta sobre esta creación fantástica del artístico espíritu del pueblo griego.

En el primero llamado «Timaeus» o «Relaciones con la naturaleza» cuatro actores: Timaeus, Sócrates, Hermócrates y Cristias, dialogan sobre un viaje que Solón el sabio legislador ateniense hizo por el delta del Nilo en donde encontró a un viejo sacerdote egipcio que le revela el origen de Atenas. En el segundo titulado: «Cristias» o «Historia de la Atlántida», los mismos interlocutores tratan especialmente del continente sumergido, y Cristias dice: «De acuerdo con la tradición egipcia 9.000 años ha se promovió una guerra entre las naciones situadas más acá de las Columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y las que se extendían más allá del océano. De un lado estaba Atenas y del otro los reyes de la Atlántida. Y esta isla era más grande que el Asia y el África, pero se sumergió después de un terremoto; y en su lugar hoy día solo se extienden las aguas, excepción hecha de una extensa barra de arena que no permite el paso por el mar».

Las anteriores palabras sirven para desarrollar en detalle la tradición egipcia del origen fabuloso de la Atlántida puesta bajo el cuidado de Neptuno, cuyos diez hijos habidos de mujeres mortales, figuraron en la cuna de la raza atlántica pobladora de ese extenso continente sumergido por modo catastrófico e imprevisto.

En esos dos diálogos de Platón se nos revela de modo maravilloso y conciso la fábula que durante tantos siglos ha impresionado a la humanidad y que en la Edad Media sirvió de fundamento a las teorías cosmográficas de esos tiempos oscuros y tan afectos a lo misterioso y enigmático. El mar sombrío que para los geógrafos y navegantes del tiempo de don Alfonso el Sabio se extendía más allá de las Azores cubría, sin duda, las muertas ciudades de Atlante, cuyos templos derruidos dormían bajo la arena depositada por etapas seculares sobre esa civilización desconocida. Y así ese mar mitológico apareció a los primeros navegantes que por sus aguas se atrevieron, como espantoso producto de un terrífico cataclismo, como algo preñado de amenazas y de crímenes, más cruel, más salvaje y hostil que todos los otros mares que ellos recorrían en sus empresas de descubrimientos y aventuras marítimas.

Por tal circunstancia algunos han hallado en Colón un mérito extraordinario, pues necesitóse osadía rayana en temeridad, para embarcarse rumbo hacia lo desconocido, por sobre esas aguas sombrías que cubrían, como las del mar Muerto, la obra de una raza superior, de ciencias y artes desconocidas para la humanidad contemporánea de Platón, y que, víctima de alguna venganza celeste, peor que el diluvio bíblico, fue destruida por el sistema de cataclismos y catástrofes geológicas a que tan aficionados han sido los poetas y pseudo científicos de todas las épocas.

Pero si para la Edad Media fue estímulo imaginativo la existencia de la Atlántida, si para Colón sirvió ella de obstáculo irreal en su empresa de la conquista del reino del Gran Khan, cuando, a manera de San Cristóbal su patrono, pasó por la ruta desconocida trayendo la civilización cristiana a un continente, para los críticos y científicos de ahora, tal existencia no puede ser sino una mistificación poética tan digna de crédito como el Infierno del Dante.

Por eso hubimos de anunciar, cuando transcribíamos en el Boletín de la Sociedad Geográfica el escrito del príncipe de Ypsilanti sobre la Atlántida, que al ocuparnos en otra ocasión de un tópico ya juzgado y que solo puede ser de actualidad para algunos historiadores y geógrafos colombianos que aún se sirven de este mito para explicar el origen del hombre

americano, habríamos de hacer una exposición científica y documentada al respecto.

La existencia y la destrucción de la Atlántida se relata en los diálogos de Platón, en la forma siguiente: «Los Anales nos informan de que Atenas aniquiló a un poderoso ejército que proveniente del Océano Atlántico tuvo la osadía de invadir la Europa y el Asia; porque este océano era entonces navegable, y más allá del estrecho que se llama las Columnas de Hércules, había una isla más grande que la Libia, y aún que el Asia. De esta isla se podía pasar fácilmente a otras islas, y de ellas al continente que rodeaba el mar interior.... En la isla de la Atlántida reinaban reyes de asombroso poder. Ellos tenían bajo su dominio a la isla entera, como también a otras varias islas y algunas partes del continente. Además, en el lado de acá del estrecho (las Columnas de Hércules), ellos gobernaban la Libia hasta Egipto, y la Europa hasta el mar Tirreno. Todo este poder se conjuró una vez con el objeto de subyugar a nuestro país y a todos los pueblos que vivían a este lado del estrecho. Fue entonces cuando la fuerza y el valor de los atenienses brillaron en todo su esplendor. Por motivo del valor de sus soldados y su superioridad en el arte militar, Atenas era suprema entre los helenos; pero como estos últimos la abandonaron se vio obligada a desafiar sola el espantoso peligro, y así detuvo la invasión, obtuvo victoria tras de victoria, salvó de la esclavitud a naciones aún libres, y restauró a su completa independencia a todos aquellos que, como nosotros, vivimos más acá de las Columnas de Hércules. *Más tarde, con grandes terremotos e inundaciones, en un solo día y en una sola noche fatal, todos aquellos que guerrearon contra nosotros desaparecieron bajo las aguas. La isla de la Atlántida fue tragada por el mar. Desde entonces el mar en esas regiones se tornó en innavegable: los bajeles no pueden pasar por allí a causa de las barras de arena que se extienden sobre el lugar de la isla sepultada*».

Indudablemente, no se puede negar a esta sencilla y solemne narración la artística belleza con que las fábulas griegas supieron adornarse desde tiempos de Homero, y así es fácil explicar el prestigio de que ella gozó cuando escritores medioevales, que habían aprendido esta narración de los geógrafos arábigos, no solo la creyeron, sino que inventaron consejas referentes a otras islas misteriosas de los mares occidentales. «Las Islas griegas» o «Islas Afortunadas», «la Isla Avalón», la «Antilla portuguesa» o «Isla de las Siete Ciudades», «la Isla de San Barandón» y otras más, fueron entonces el objeto predilecto de cántigas, romances y fantásticas historias en muchas de las lenguas de la Europa con temporánea, y aun varias de ellas figuraron de modo conspicuo en los mapas de los siglos XIV y XV, despertando el anhelo de los descubrimientos marítimos peculiar de la época.

Como puede verse, tal anhelo convertido en sistema político explica la orientación de portugueses y españoles, antes del descubrimiento de América, hacia la expansión colonial, expansión que preparó en tiempos del rey don Sebastián las expediciones al África y a las Indias Orientales, y sirvió de fundamento a la empresa de Colón.

Quienes han hablado sobre los propósitos del gran navegante hallan en sus escritos y cartas de marear anteriores al primer viaje hacia las Indias Occidentales, la huella indeleble de las islas misteriosas de occidente, entre las cuales se encuentra la Atlántida, en primer término. No es, pues, de extrañar que muchos años después, aún en los siglos XVII y XVIII, la credulidad popular relativa a las leyendas atlánticas se impusiera hasta cierto punto con carácter científico, logrando que la fábula de Platón se discutiera seriamente por personajes

como Montaigne, Buffon y Voltaire.

Pero lo que entonces se demostraba con argumentos históricos, tal como lo hace el Príncipe de Ypsilanti en el escrito que motiva las presentes páginas, no puede aceptarse hoy sino fundamentado en principios realmente científicos; y por eso quienes se ocupan en la actualidad de la Atlántida tienen que recurrir a la Geología y a la Oceanografía para tratar de explicarse su realidad histórica.

En este terreno se han colocado últimamente algunos sostenedores entusiastas de la Atlántida, tales como el director del Servicio de la Carta Geológica de Francia, Mr. Pierre Termier quien en un estudio publicado en el Boletín del Instituto Oceanográfico de París (Nº 256 - 1913), agotó los argumentos científicos que es posible presentar en los momentos actuales, con el propósito de dar carácter serio a la fábula mitológica de que nos ocupamos.

Naturalmente, entre quienes se ocupan de vulgarizar los conocimientos científicos tuvo que levantar entusiasmo este escrito del Profesor Termier, y por ello el conocido Abate Th. Moreux, miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Ciencias, escribió poco después: « Las investigaciones científicas lucientes — especialmente las llevadas a cabo por el eminente geólogo francés Mr. Termier, las cuales concuerdan con las observaciones suministradas por la Zoología y la Botánica al estudiar la fauna y la flora de las islas Azores, las Canarias y las del Cabo Verde — llevan a un reputado astrónomo contemporáneo a la siguiente conclusión: «Creo que científicamente no cabe duda sobre la existencia de la Atlántida: ella existió, allí donde Platón la había situado» (Th. Moreux - L'Atlantide a-t-elle existé? - 1924).

*Sobre este último concepto es probable que se hayan apoyado los historiadores colombianos Henao y Arrubla, autores de una historia de Colombia de reconocida importancia didáctica e informativa, para aceptar la hipótesis de la Atlántida como una muy plausible en la explicación de las migraciones que poblaron la América. Por eso ellos dicen en su libro: «La tradición de Platón sobre la Atlántida no se considera al presente como una mera fábula (Mariano Soler: América precolombina)» «¿La ciencia moderna parece confirmar esta bella tradición: navegantes ingleses hablan del hallazgo de *fucus* (algas marinas) entre el África occidental y el golfo de México, en tan gran cantidad que dificultan la marcha de los buques; si a este dato, que indica la cercanía de rocas, se añade la existencia de islas que están escalonadas en el océano (las Antillas), ya la prueba adquiere mayor fuerza, porque se conjetura que dichas islas no son otra cosa que vestigios de la vasta tierra hundida entre las ondas».*

Antes de entrar en consideraciones referentes a los argumentos de Termier favorables a la existencia de la Atlántida, hagamos notar que en las lecciones generales de la Oceanografía se explica perfectamente el *mar de Zargazo* sin necesidad de pensar en bajos fondos en tales regiones, y que el hecho de presentarse cadenas de islas en las Antillas es uno de tantos que en la historia geológica de la corteza terrestre, sirve para estudiar la formación del actual relieve geográfico, tanto en los continentes como en el fondo de los mares. Veamos como expone Termier sus puntos de vista.

Muy cerca de Gibraltar el fondo del océano está por debajo de 4000 m.; después se levanta

abruptamente para formar un zócalo estrecho en donde están la isla Madera y las Azores meridionales; sube hasta cerca de 1000 m. en la vecindad de estas últimas islas; se conserva por larga distancia a una profundidad de 1000 a 4000 m. al sur y al suroeste de las Azores, con proyecciones abruptas, algunas de las cuales se aproximan mucho de la superficie; en seguida se sumerge a una profundidad de más de 5000 m., y alcanza, en corto trecho, hasta 6000 m., para levantarse de nuevo repentinamente y formar el zócalo de las Bermudas. Este fondo permanece después sepultado debajo de 4000 m. de agua hasta una corta distancia de la costa americana, donde finalmente se levanta, en una pendiente muy pronunciada, hasta la orilla».

«Imaginemos por un momento que pudiéramos vaciar el Atlántico y contemplar el relieve de su lecho. En esa forma veríamos dos grandes depresiones, dos valles enormes que se extienden de sur a norte, paralelos a las dos costas, y separados, el uno del otro, por una zona intermedia que se levanta entre ellos. El valle occidental que se extiende a lo largo de la costa americana es el más ancho y profundo de los dos y presenta fosas ovals o depresiones que alcanzan a estar hasta a 6.000 m. por debajo del nivel de las costas, y elevaciones accidentales, una de las cuales corresponde a las Bermudas, que se levantan bruscamente y suben del fondo de modo abrupto hasta la superficie».

El valle oriental, a lo largo de la costa europea, se nos aparece como más estrecho y menos profundo, pero mucho más accidentado; en él numerosas pirámides, algunas delgadas y ligeras como la de la isla Madera, otras más macizas como las que soportan los archipiélagos de las Canarias y del Cabo Verde, se levantan aquí y allí en medio del valle o muy cerca del borde oriental. La más elevada zona media dibuja ante nosotros un largo promontorio, cuyo eje coincide con la línea abisal del Atlántico. Este promontorio se en curva en forma de S, como lo lucen los dos valles dichos y las dos costas, y partiendo de Groenlandia, rodeando la masa de las islas del norte y con dirección meridional, termina en un punto del decimoséptimo paralelo de latitud sur. En la mayor parte de su curso este promontorio tiene un ancho medio de 1.500 km. Lejos de ser regular y con una curvatura uniformemente esférica, su superficie se arruga por todas partes mostrando profundos valles secundarios transversales y fuertes proyecciones, especialmente en la región de las Azores, que no son, en verdad, sino los vértices de estas altas protuberancias».

«La región oriental del Atlántico, en toda su longitud, y probablemente de un polo al otro, es una gran zona volcánica. En la depresión a lo largo de la costa de África y Europa, y en la parte oriental de la zona elevada que ocupa la región media del mar, abundan los volcanes. Todos los picos montañosos que sobresalen de la superficie del mar, en esa región, son de origen volcánico o son volcanes característicos. La isla Gough, Tristán de Acuña, Sta. Elena, Ascensión, las islas de Cabo Verde, las Canarias, la gran Madera y sus islas adyacentes, todas las Azores, Islandia, la isla de Jan Mayen etc.... son formadas integral o parcialmente, por lava o rocas eruptivas. Algunos sondeos, en 1898, encontraron lava a la profundidad de 3.000 metros, en una línea que va de Islandia a las Azores, cerca de 900 kms al norte de las Azores. Un navegante demostró en 1838 la existencia de un volcán submarino en el ecuador, a los 22° de longitud oeste, o sea, en la línea que une la Ascensión con el archipiélago de Cabo Verde; entonces se observó que salía vapor caliente de las ondas marítimas, y aparecieron escollos que no estaban indicados en las cartas. En las islas atrás nombradas, hay muchos volcanes que aún están en actividad, y algunos apagados

parece que se extinguieron recientemente; por todas partes son frecuentes los terremotos, y aquí y allí brotan islotes nuevos, o rocas conocidas desaparecen. La continuidad de estos fenómenos se oculta por el océano que los cubre, pero ello es incuestionable para los geólogos».

La zona volcánica del Atlántico oriental se puede comparar en longitud, en anchura y en actividad cósmica y eruptiva, con la que forma el borde occidental de América, y coincide, en el sur, con la Cordillera de los Andes, siendo esto uno de los aspectos característicos de la presente faz de la tierra.... Ahora, no hay volcán sin convulsiones correlativas, o, por lo menos, sin hundimiento de alguna porción de la corteza terrestre.... Los volcanes del Mediterráneo aparecen al margen de grandes abismos recientemente abiertos y en los cuales han caído enormes montañas. Debe, pues, a ver en el fondo del Océano Atlántico, en la época presente, cierta movilidad, y así la arruga media de este fondo, ya muy elevada sobre él, aún no ha terminado su movimiento relativo hacia arriba, en proporción con la depresión oriental. Mientras que las orillas continentales del Atlántico aparecen hoy en reposo, y cien veces más tranquilas que las costas del Pacífico, su fondo está en movimiento en toda la zona oriental de cerca de 3.000 kilómetros de ancho, que comprende a Islandia, las Azores, la isla Madera, las Canarias y las islas de Cabo Verde. He aquí, pues, una zona inestable de la superficie del planeta, en la cual pueden ocurrir en cualquier momento los más terribles cataclismos».

Ciertamente, no es posible discutir los puntos de vista de Termier bajo este aspecto, sino considerando que las escuelas geológicas modernas, fundamentadas en observaciones de mucho peso, rechazan la idea de variaciones súbitas de la corteza terrestre y de sus accidentes como sistema general de la formación de los diversos pisos geológicos, y la encuentran solo aceptable en casos particulares muy restringidos, y cuando se trata de accidentes limitados del relieve geográfico. Así pudiéramos argumentar que los fundamentos de esa demostración, también y con mayor razón, pudieran aplicarse a la cuenca del Mediterráneo, en donde las manifestaciones que halla Termier para la zona de que nos habla, tienen una importancia mucho mayor. Lo mismo pudiéramos decir de ciertas zonas del Océano Pacífico próximas a Nueva Zelanda, por ejemplo.

Desde luego se ve que al tratar de probar la posibilidad geológica de la Atlántida, sus propugnadores prueban demasiado, como le ocurre al Profesor Termier, quien a la postre arguye : « Así la región del Atlántico, hasta una época de catástrofes que empezó no sabemos cuándo, pero cuyo fin coincidió con el Terciario, estuvo ocupada por una masa continental unida con el sur por una cadena de montañas, y que se sumergió mucho antes del colapso de esas tierras volcánicas, de las cuales parecen ser las Azores el último vestigio. En lugar del Océano Atlántico del Sur, existió durante muchos miles de siglos un gran continente que se halla ahora profundamente sumergido bajo el mar. Es probable que estos movimientos de depresión ocurrieron durante varios períodos en los cuales los contornos del Mediterráneo, que entonces separaba los dos continentes, se modificaron frecuentemente con el correr de los tiempos. Hacia la mitad del Cretáceo el Mediterráneo avanzó hasta las Canarias, que ocupan hoy precisamente, el sitio de sus costas meridionales.

Actualmente la Geología clasifica la historia de la formación de la corteza terrestre, tal como la vemos hoy, para ciertos lugares de Europa, en la forma siguiente: Pre-Cambriano

Lewisiano (Principalmente ígneo), Torridoniano (*Primer periodo continental*); Paleozoico Cambriano, Ordoiciano, Siluriano (*Primer periodo marino*). Arenisca roja inferior, Arenisca roja superior (*Segundo periodo continental*)- Carbonífero inferior (*Segundo periodo marino*) Carbonífero superior, Permiano (*Tercer periodo continental*). Mezozoico = Trias, Jurásico, Cretáceo (*Tercer periodo marino*). Kaimozóico = Palaeogeno, Neogeno (*Cuarto periodo continental*).

A este último corresponde la serie de movimientos clasificada con el nombre de *Alpina*. Y probablemente a ella se refiere Termier en lo copiado anteriormente.

Citemos otras autoridades para darnos idea de los orígenes y antigüedad del Océano Atlántico. Neumayr pensó que en los tiempos del Jurásico había un continente que servía de puente entre Norte América y el norte de Europa, y que tal vez había otro entre Sur América y África; así, pues, entonces y de acuerdo con las teorías de este geólogo, el Atlántico sólo se extendía entre las Indias Occidentales y el sur de Europa. Wegener, por otra parte, ha lanzado la teoría de que el Atlántico se formó durante el Cretáceo por causa de una fractura ocurrida entre los dos continentes (el Nuevo Mundo y el antiguo Continente) fractura seguida después por el desplazamiento de América hacia el oeste. Pero, sea ello lo que fuere, hoy casi todos los geólogos opinan que el Atlántico es muy antiguo, y nunca posterior al Cretáceo. Entre estos geólogos se encuentra J. Murray quien sostiene la permanencia por largos espacios geológicos, del relieve abisal del Atlántico, semejante al que conocemos hoy. (J. Murray y J. Hjort — *The Depths of the Ocean* — 1912).

Pero aun aceptando la hipótesis de Termier, de que el tercer período marino correspondiera, durante el Terciario, a la formación del Océano Atlántico, es innegable que al discutir este punto nos referimos a épocas geológicas, de duraciones relativas muy dudosas y que deben perderse en la noche de los tiempos, por espacios de decenas de millones de años.

Así, pues, quienes piensan desde los puntos de vista de Termier, no difieren gran cosa de la Geología clásica al referirse a la historia geológica del Océano Atlántico: sólo se separan de él en cuestiones adjetivas, de épocas y de períodos.

Mas en lo que sí están totalmente distanciados los sostenedores de la existencia probable de la Atlántida, y quienes piensan en la imposibilidad de una corta duración para un fenómeno geológico de tal importancia (el hundimiento de una gran porción de tierra firme), es en el punto capital de que el hombre puede considerarse como absolutamente reciente sobre la tierra.

Efectivamente, para la duración de las épocas geológicas, que la Ciencia moderna ha alargado considerablemente al prescindir de la idea de catástrofes permanentes, el hombre es de ayer: su historia no tiene nada que ver con la de las trasformaciones del relieve geográfico terrestre, que han debido durar por muchos millones de años.

En nuestro concepto, sobre este punto y refiriéndose a la posibilidad geológica de la Atlántida, el profesor Termier ha incurrido en el mismo error en que incurrió el sabio paleontólogo Florentino Ameghino, al afirmar la existencia del hombre terciario en las Pampas argentinas.

Sobre este punto dice el profesor Paul Rivet: Todos los lectores recuerdan las teorías de Florentino Ameghino, uno de los más ilustres paleontólogos americanos. Pese a quien pese, el mundo científico entero tuvo que reconocer que este ilustre sabio, al cual tanto debe la Ciencia, se equivocó del todo cuando quiso comprobar la existencia del hombre americano desde la época terciaria. Bien se sabe que las formaciones pampeanas son análogas a los limos o *loess* del antiguo Continente. Estas formaciones se dividen en distintas capas cuya sucesión cronológica está perfectamente establecida ahora del modo siguiente, enumerándolas de las más modernas a las más antiguas: Postpampeano; Pampeano, con dos horizontes sucesivos: el bonarenses y el ensenadense; y Prepampeano o hermoseano, o chapalmaleense. El error fundamental de Ameghino fue el de envejecer cada una de estas capas. Del Post-pampeano, que es una formación reciente, hizo una formación cuaternaria; del Pampeano y del Prepampeano, que corresponden al cuaternario, una formación terciaria».

Mutatis mutandis, podemos creer que en el presente caso, al tratar de probar la existencia posible de la Atlántida, el profesor Termier incurrió en el mismo error que el profesor Ameghino, es decir, que este sabio francés envejeció, adrede y para sostener su tesis, al hombre primitivo, pues dotó a la humanidad de un grado de civilización avanzado, de acuerdo con la fábula de Platón, en la época cuaternaria, y hasta llegó a pensar implícitamente, en la posibilidad del hombre terciario.

Para terminar su exposición referente a la posibilidad geológica de la Atlántida, dice Termier:

De todos modos, la geografía ha cambiado singularmente en la región del Atlántico durante el curso de los últimos períodos de la historia de la tierra, y la extrema movilidad del fondo de ese océano, demostrada al presente por tal multiplicidad de volcanes y la extensión de sus campos de lava, seguramente data de muy atrás. Las depresiones que durante el período secundario agrandaron el Mediterráneo y fueron causa de la destrucción de la cadena montañosa de Hercynia; los plegamientos en toda la zona del Mediterráneo hacia la mitad del Terciario, que modificaron el lecho del mar y produjeron islas montañosas que brotaron aquí y allí en su costa boreal; los nuevos colapsos que al terminar el Mioceno, continuaron en la zona muy plegada del Mediterráneo y en las dos áreas continentales para producir la final destrucción de los dos continentes, son parte de la accidentada historia del Atlántico. También lo son: la aparición en el lecho del inmenso dominio marítimo que provino de tales hundimientos, de una nueva estructura de dirección general de norte a sur, que ocultó o parcialmente borró, la forma primitiva; el derramamiento de lavas y materias eruptivas por todas partes, en las islas residuales, y aún en el fondo de los mares, y que fue la necesaria e inevitable reacción del hundimiento muy profundo de tales porciones de la costra terrestre. Tal es, en resumen, la historia del Océano Atlántico durante varios millones de años. Muchos incidentes de esta historia nunca serán completamente relacionados entre sí: aunque ahora sabemos que algunos de ellos son relativamente muy recientes».

Evidentemente, no es posible formular objeciones a las afirmaciones anteriores: todos los geólogos pueden estar de acuerdo respecto de ellas; pero de aquí a afirmar que el hombre pudo ser testigo de modificaciones tan sustanciales y que debieron ocupar mucho espacio en la escala de los siglos, hay una gran distancia.

Por eso nos atrevemos a poner en duda el valor científico de los siguientes conceptos:

«La extrema movilidad de la región atlántica, especialmente en conjunción con la depresión mediterránea y la gran zona volcánica, de 3000 kilómetros de ancho, que se extiende de norte a sur en la mitad oriental del océano actual; la certeza de haber ocurrido inmensas depresiones cuando islas y aún continentes desaparecieron; la seguridad de que algunas de estas depresiones datan de ayer, de que son de la edad cuaternaria, y de que, por consiguiente, pueden haber sido presenciadas por el hombre, y la probabilidad de que algunas de ellas hayan sido súbitas o muy rápidas, pueden animar a quienes todavía creen en la narración de Platón. Geológicamente hablando la historia de la Atlántida es muy probable».

Respecto de las consideraciones traídas a cuento para hallaran analogías entre la flora y la fauna de las Azores, la isla Madera, las Canarias y el archipiélago de Cabo Verde, con la fauna y la flora- continentales, podemos pensar de manera semejante.

Los argumentos que suelen ponerse a este respecto son de esta forma: 1º. La fauna de estas islas muestra claramente su origen continental; 2º. Su fauna macológica se relaciona especialmente con la de las regiones mediterráneas, mientras que difiere de la fauna del África ecuatorial; 3º. Las mismas analogías con la fauna del área mediterránea se observan en los moluscos del Cuaternario; 4º. Las formaciones cuaternarias de las Canarias se parecen a las de la Mauretania, incluyendo las mismas especies de moluscos; 5º. En los moluscos actuales de los cuatro archipiélagos hay algunas especies que parecen ser sobrevivientes de las especies fósiles del Terciario europeo; 6º. Ciertos moluscos llamados Oleacinidae viven solamente en América Central, las Indias Occidentales, el Mediterráneo, las Canarias, Madera y las Azores, conservando en América el gran tamaño que tuvieron en Europa en la época del Mioceno.

Según M. Germain (copiado por Termier) de estos hechos se deduce que los cuatro archipiélagos nombrados atrás estuvieron conectados con el continente africano hacia el fin del Terciario, que el continente que los encerraba estuvo unido con la península Ibérica hasta el Plioceno y que tal continente se separó de las Indias Occidentales durante el Mioceno.

Pero de estos hechos que nadie pone en duda, parece que no puede deducirse lo que sostiene Termier al pensar que los fenómenos geológicos mencionados que tuvieron lugar al fin del Terciario y durante el Plioceno y el Mioceno, *se verificaron en tiempos muy próximos a los nuestros.*

Con esta idea Termier dice: «M. Germain se ha visto obligado a admitir la existencia de un continente atlántico conectado con la península Ibérica y con la Mauretania, y que se prolongó hacia el sur hasta incluir algunas regiones de clima desértico. Durante el Mioceno este continente se prolongó hasta las Indias Occidentales (las Antillas) y luego se fraccionó, primeramente, en la dirección de las Antillas y después hacia el sur con el establecimiento de una costa marítima que se extendió hasta el Senegal, hundiéndose en las profundidades del golfo de Guinea. Este continente se sumergió, por último, durante el Plioceno, a lo largo de la costa de África; y su último fragmento desapareció poco después, no dejando sino vestigios de él en lo que se llaman hoy las Azores, Madera, las Canarias y las islas de

Cabo Verde, que pueden considerarse como los restos de la Atlántida de Platón».

Evidentemente, la conclusión que con tan buena voluntad saca de sus argumentos el profesor Termier, sería perfectamente aceptable el día en que se demostrara que el hombre se remonta, hasta las grandes épocas geológicas. Pero como esto no ha sido posible, hasta ahora, científicamente se ha seguido considerando la existencia de la Atlántida como una fábula de carácter mitológico y nada más

Por eso hoy la ciencia al tratar de explicar el origen del hombre americano prescinde por completo de tan falaz hipótesis y se limita a considerar la posibilidad de migraciones polinésicas o australianas a través de las regiones antárticas y de la Patagonia.

Para concluir brevemente esta exposición queremos poner de relieve el hecho de que según estimaciones recientes se cree que, desde el primer período marino hasta ahora, han transcurrido por lo menos 100 millones de años y que desde el Post-Cambiano (del Ordoiciano en adelante) hasta la fecha, han pasado 450 millones de años, cálculo que da a la edad de la tierra un mínimo probable de 2.000 millones de años.

A este hecho se agrega la circunstancia de que en ciertos terrenos estratificados ha sido relativamente fácil la determinación de la edad de los sedimentos, de acuerdo con el método que indica Adolfo Knopf¹: «Some evidence is beginning to appear that the rates at which sediments were deposited in individual basins of sedimentation can be determined, and these rates will afford valuable checks on the determinations of geologic time that are based on atomic disintegration. Such measurements become possible where the strata show that they have been deposited by annual increments, each annual increment consisting of a summer and winter lamina. The couplet, or annual layer, is called a *varve*. The difficulty in any given series of strata is to prove beyond question that the layers are annual, are really 'varves' in fact. By counting the varves in the Green River formations, Bradley has recently estimated that this formation was deposited in a period lasting between 5.000.000 and 8.000.000 years. As the Green River formation appears to represent about one-third of Eocene time, *this estimated great length of the Eocene which is one of the shorter of the geologic time-periods, harmonizes well with the evidence from radioactivity* »

Deliberadamente nos abstenemos de traducir el párrafo transcrito porque no queremos quitarle nada de su importancia y autoridad en esta discusión en que pretendemos demostrar que si el *continente atlántico* existió, como lo enseña Termier, de acuerdo con la escuela geológica clásica, ese continente, en su último fragmento desaparecido durante el Mioceno, no pudo ser el sitio de la Atlántida.

Porque, por más remota que se quiera, la aparición del hombre sobre la tierra data de fechas recientes en comparación con la duración de los períodos geológicos a que nos hemos referido.

Efectivamente, la antigüedad del hombre (neolítico y paleolítico) no se ha podido extender

¹ The Age of the Earth — Summary of principal results — Bulletin of the National Research Council — N° 80 - Lune 193

a una edad distante de la nuestra en más de 100.000 años (hombre de Pekín) y esto, al parecer, forzando un poco las conclusiones de origen geológico a que ello ha dado lugar, pues el hombre de Cromagnon y el hombre de Neardenthal son mucho más modernos.

De la presente exposición, que no tiene nada de original y puede solamente considerarse como un breve artículo de divulgación científica, defectuoso e incompleto, habrá de deducir el lector que la tesis de la posibilidad de la Atlántida, desde el punto de vista de la ciencia, es una de difícil, si no imposible, demostración.

Pero esto no puede quitar nada a la leyenda más interesante que nos legara la cultura griega, desde el punto de vista geográfico, ya que ella apareció en los albores de la Geografía y fue causa indirecta de muchos y bellos descubrimientos geográficos.

Por eso reproducimos en este Boletín el interesante trabajo del Príncipe de Ypsilanti, ilustrándolo con una bella página artística tomada del libro de Pierre Benoit, titulado: «La Atlántida», en donde la inspiración del arte nos lleva suficientemente a imaginarnos cómo pudo haber sido aquella cultura atlánte, anterior a toda historia, y que hoy se encuentra sumergida en las grandes profundidades del océano, nunca vistas por ojo humano alguno.



Revisado por: FEPP